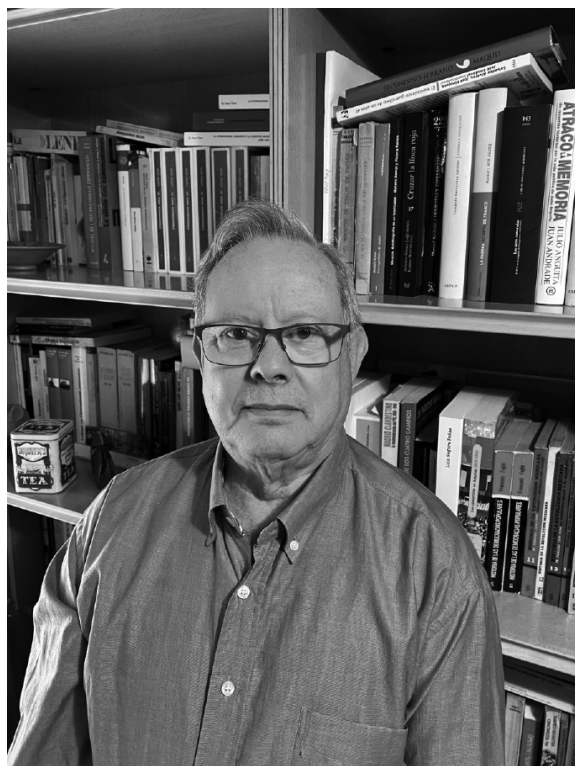


CUESTIÓN SOCIAL Y CUESTIÓN NACIONAL EN CLAVE HISTÓRICA.

CONVERSACIÓN CON JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS

Giaime Pala
Universitat de Girona



José Luis Martín Ramos (Barcelona, 1948) es uno de los más prestigiosos historiadores catalanes en activo. Catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona, es autor de catorce monografías y de numerosos capítulos de libro y artículos académicos. Sus líneas de investigación son la historia del socialismo y del comunismo españoles, la importancia política de la cuestión nacional, la historia social de las

clases populares catalanas y la política nacional e internacional de los años veinte y treinta del siglo XX. Conversar con él sobre su trayectoria profesional es, de paso, una buena manera para saber más acerca de la historiografía catalana de los últimos cincuenta años.

¿Cómo surge tu vocación de historiador?

Desde niño me interesó de manera particular la historia. Mi ambiente familiar –franquista– estaba muy politizado; los temas de la historia de España y de la República eran habitual objeto de conversación y un tío, requeté, me suministraba textos de historia general y de las guerras carlistas en particular. A ello se añadía la influencia del padre de mi amigo de juegos de la infancia, republicano, que me proporcionaba la versión y la literatura contraria. Mis lecturas de historia fueron durante mucho tiempo autodidactas y desordenadas: desde compendios de biografías de personajes históricos – algunas de Stefan Zweig y de Emil Ludwig– hasta las anécdotas históricas de Roma y Grecia de Indro Montanelli, publicadas por Plaza & Janés. No tuve ningún profesor de historia en el bachillerato que influyera en mi vocación; esta durante un tiempo se reorientó hacia la filosofía, gracias a un excelente profesor que tuve, kantiano entusiasta, que me convenció que siguiera la carrera de Filosofía y Letras. No obstante, por imposición paterna –así funcionaban

entonces las cosas— entré en la universidad matriculado en la Facultad de Económicas, con la concesión de cursar como «alumno libre» la carrera de Letras si me veía capaz. En Económicas tuve mi primer maestro en historia, Jordi Nadal, que impartía unas clases extraordinarias por las que conocí la existencia de Henri Pirenne, Fernand Braudel y Pierre Vilar. Era el curso 1965/1966, el de las elecciones libres de delegados estudiantiles y la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona en marzo de 1966, en el convento de los capuchinos de Sarriá. Un curso decisivo para mi trayectoria política y profesional. Me afilié al Partit Socialista Unificat de Catalunya hacia diciembre de 1965, captado por Francesc Artal, Emili Gasch y Pere Gabriel, estudiantes de Económicas; y en el segundo semestre del curso, fui abandonando los estudios de Económicas —de cuya matrícula oficial se me dio de baja por mis actividades políticas— y pasé a los de Filosofía y Letras. La militancia acabó de decidir que descartara la filosofía y siguiera la especialidad de historia moderna y contemporánea, que además de coincidir con mi interés de siempre consideré más apropiada para mi formación ideológica; aunque entre el aburrimiento que me producía la mayor parte de mis profesores de historia y mi actividad política, fui poco a clase. Así que lo que aprendí fue de manera autodidacta entre compañeros —entre ellos, Ramón Alquézar— y con la orientación de Jaume Torras, alumno de quinto curso cuando yo empecé, que me descubrió a Marc Bloch.

Creo que para los estudiantes de Historia de izquierdas de la Barcelona de los años sesenta la influencia de Josep Fontana y Josep Termes ya fue importante. ¿Es así? Y si lo es, ¿cómo es posible que tuvieran esta influencia pese a que ellos también eran a la sazón jóvenes (unos 30-35 años) y tenían todavía poca obra escrita?

Para nosotros, que teníamos entre 18 y 21

años, eran ya maestros, no por su obra escrita, sino por la oral; en mi caso más Termes que Fontana. Los estudiantes de Historia de izquierdas éramos cuatro gatos, y los que militábamos en el PSUC, dos. En el contexto de esa militancia Termes nos impartió algún seminario de historia del movimiento obrero. Joaquim Nadal, de mi curso, no era del PSUC, ni apenas simpatizante entonces, pero tenía una relación personal con Fontana, a través de su tío Jordi Nadal. Borja de Riquer o Jordi Maluquer también establecieron su propia relación directa. El salto a la relación personal y colectiva se produjo al irnos incorporando unos cuantos a la sección de Historia de la adaptación al castellano de la Gran Enciclopedia Larousse por Editorial Planeta. A mí me llevó Anna Maria García Rovira, compañera de curso. Allí estaban Fontana, al mando de la sección, Termes, Francesc Espinet, Anna Sallés, Irene Castells, Borja de Riquer, Ramón Alquézar e, incorporándose un poco más tarde, Julià de Jòdar; al fin, al grupo se unió también Pere Gabriel, de la sección de Economía (luego reorientó su vocación hacia la historia). Esa sección fue mi verdadera «Facultad». Nuestra relación era intensa, en el trabajo y en el ocio; una relación de afinidad ideológica y de amistad. Se interrumpió temporalmente por mi parte cuando en septiembre de 1970 tuve que ir a hacer la mili, ya que mi asistencia a la asamblea en el convento de los capuchinos de Sarriá de 1966 había significado mi exclusión de las Milicias Universitarias. Al acabar la mili la recuperé por dos vías. Por un lado, Espinet, sustituto como jefe de sección desde 1970 de Fontana —que pasó a dedicarse en exclusiva a acabar su tesis doctoral—, me proporcionó una línea permanente de colaboración externa con Planeta-GEL, que fue mi único trabajo regular entre 1971 y 1973. Por el otro, decidí que haría mi tesis de licenciatura sobre la historia de la fundación del PSUC y, en una combinación del conocimiento anterior y de la vía orgánica, pedí

a Josep Termes que asumiera la dirección. Mi investigación tuvo un desarrollo independiente y Termes me ayudó a superar ciertas inclinaciones más excesivamente partidistas y también alguna información sesgada sobre la historia del PSUC, como la que me dio Pere Ardiaca.

En la primera mitad de los años setenta entraste muy joven como Profesor No Numerario en la recién fundada Universidad Autónoma de Barcelona. ¿Nos cuentas cómo fueron tus inicios docentes y el clima intelectual que se vivía en aquella UAB?

A las pocas semanas de haber defendido mi tesis de licenciatura, en septiembre de 1973, Termes me ofreció dar clases en la Escuela de Magisterio de la UAB, ubicada en Sant Cugat del Vallés, como PNN integrado en el Departamento de Historia; a partir del curso 1982/1983 pasé a la Facultad de Letras. El Área de Contemporánea del Departamento se había constituido a partir del grupo de historiadores de Planeta-GEL; y allí volví a encontrarme, además de con Termes, con Espinet, Anna Sallés, Anna Maria García Rovira, Pere Gabriel, Borja de Riquer, Irene Castells, más Francesc Bonamusa y Enric Ucelay-Da Cal, que se habían sumado al grupo y al Departamento. Había también más profesores –Albert Balcells y Nazario González, entre otros–, pero el grupo que se identificaba como marxista (aunque políticamente estaba fragmentado entre las diversas variantes comunistas del momento) dominaba el Área y, a través de ella y en alianza con profesores de otras Áreas (Miquel Barceló, de manera destacada), hegemonizaba el Departamento de Historia. Era un núcleo rojo en una universidad en la que dominaban las posiciones antifranquistas, con presencia del PSUC en competencia con el PSC; efectivamente, alguno de los principales dirigentes socialistas catalanes eran profesores en Derecho (Isidre Molas, Joan Prats) y en Económicas (Pasqual Maragall, Narcís Serra). Es

fácil imaginar el ambiente de renovación académica y científica de aquella UAB, acompasado con una intensa movilización política. El movimiento reivindicativo de los PNN fue su punta de lanza y también de la renovación académica, con su propuesta de universidad democrática y de reorganización de la docencia a partir de la constitución de un cuerpo único de enseñantes, no funcionario, desde la primaria hasta la universidad. Su agotamiento y división interna tras la prolongada lucha del curso 1974/1975 marcaron el inicio del declive de la movilización política, su posterior dispersión y el abandono del proyecto de cuerpo único de enseñantes. La nueva política universitaria, impulsada por José María Maravall y Emilio Lamo de Espinosa desde 1982, enterró definitivamente el proyecto del cuerpo único y casi todos los PNN acabamos entrando en el funcionariado. El ambiente general de la sociedad estaba virando en contra del marxismo, que dejó de ser referente destacado en la universidad y también, finalmente, en nuestro Departamento.

Si no ando errado, a mediados de los setenta, justo cuando publicabas tu tesis de licenciatura sobre los orígenes del PSUC, abandonaste este partido e ingresaste en la órbita del naciente Partit dels Socialistes de Catalunya.

En 1975, Editorial Curial me propuso publicar la tesis. Para ello tenía que adaptar su formato al de un libro y traducirlo al catalán; en eso estuve entre 1975 y 1976, pero cuando el texto estuvo disponible para su publicación yo había dejado el PSUC. Concretamente, salí de él en enero de 1976 para incorporarme, dos meses después, a Convergencia Socialista de Cataluña, embrión principal del futuro PSC. Mi abandono del PSUC tuvo diversas razones: el agotamiento por las tensiones vividas en el movimiento de PNN, en el que me enfrenté a mis compañeros más antiguos (Paco Fernández Buey, Muriel Casals...) y compartí posición con los cuadros

procedentes de Bandera Roja (Eliseo Aja, Teresa Eulàlia Calzada...); a eso se sumó mi enfado por la decisión de la dirección del PSUC de destituir a Isidor Boix e impedir que su posición sobre la cuestión sindical fuese discutida internamente. Para mayor problema, mi tesis había valorado como factor principal de la unificación la aportación socialista y Comorera en particular; algo asumido por Termes y Fontana, pero no todavía por el PSUC. Cuando el libro salió a la venta yo era ya para el PSUC, y para su nueva generación de historiadores, una figura hostil. En el curso 1978/1979 me vi envuelto en una agria polémica en *Serra d'Or* con Leandre Colomer y Ricard Vinyes, en la que la interferencia entre política e historiografía fue evidente.

Tu tesis doctoral, defendida en 1983, llevaba por título «Las huelgas de Barcelona, 1914-1923». ¿Por qué escogiste ese tema?

Fue fruto de una buena intención y de una mala decisión. Me explico. Siguiendo los debates de moda sobre historia total y una nueva manera de hacer la historia del movimiento obrero, me enredé en un proyecto de historia –digámoslo así– «semitotal» sobre la etapa decisiva de 1914-1923, conectando coyuntura económica, condiciones de vida y de trabajo y respuesta colectiva obrera. Termes volvió a asumir su dirección, pero he de decir que esta vez no pudo ayudarme mucho; me remitió a Fontana para los temas económicos, que me dio alguna indicación bibliográfica fundamental, sin asumir ninguna función complementaria de dirección. Fue una investigación excesivamente autodidacta, en la que me salí a medias. Finalmente, creí llegar a un producto digno en el ámbito de la respuesta colectiva, vaciando datos de prensa sobre huelgas en Barcelona y ampliando en mucho las estadísticas hasta entonces existentes; de ahí el título, que solo remitía a una parte de la tesis. Salí vacunado frente a las modas y decidí que en adelante solo haría

la historia que me interesara a mí. Y sirvió para poder participar en la transformación masiva de los PNN en Profesores Titulares, funcionarios, impulsada por Maravall-Lamo de Espinosa; me refiero a la llamada «idoneidad» a través de la presentación de una memoria de méritos curriculares, que pasé en diciembre de 1984.

Recuerdo que hace años me comentaste que la de los noventa fue la década de tu definitiva consolidación académica.

Sí, entre 1992 y 1998 fui director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la UAB, y en 1999 superé el concurso a catedrático, gracias también a mis publicaciones de aquellos años.

Hablemos, pues, de estas publicaciones y de otras actividades. Fue en los noventa cuando más te concentraste en la historia del socialismo catalán y español, también desde la Fundación Rafael Campalans, vinculada al PSC.

Exacto. En 1990, la entrega a la Fundación Campalans –constituida en 1979– de una gran parte del archivo político de Joan Reventós fue el origen de la constitución del Archivo Histórico del Socialismo Catalán, cuya dirección asumí a propuesta de Isidre Molas, hasta 1998. El fondo creció rápidamente con donaciones de la viuda de Josep Rovira y de antiguos miembros de las organizaciones socialistas catalanas desde 1945 hasta la unificación del PSC-PSOE. El objetivo fue promover la investigación y la difusión de la historia de esas organizaciones. El Archivo se constituyó en depósito de documentaciones personales, inventariadas. Y se organizaron, entre 1992 y 1998, jornadas sobre la historia del socialismo catalán, cuyas ponencias pueden consultarse en la web actual de la fundación; creo que es destacable sobre todo la dedicada al Front Obrer de Catalunya, en 1994.

Aparte del trabajo en la Fundación Campalans, entre 1989 y 2001 publicaste mucho sobre el socialismo histórico: una historia del socialismo español en el periodo 1939-1977, una historia de la UGT en los años 1914-1930 y tu apéndice sobre el caso español al famoso libro de Donald Sassoon, Cien años de socialismo. En tu opinión, ¿qué papel ha desempeñado el socialismo en la historia contemporánea de España?

El PSOE es una formación con raíces sólidas, la más representativa del evolucionismo social en España. Ha sido la opción política mayoritaria entre las clases populares, a lo largo de los cambios sociológicos de esas clases y de los ciclos políticos. Y con un rol de protagonista principal en dos etapas en las que ha llegado a la gestión del poder político: la Segunda República y el proceso de cambio político de 1975-1986; en la primera dando contenido social a la construcción del Estado democrático, en la segunda coadyuvando al proceso de reforma pactada y configurando con el Partido Popular un bipartidismo político imperfecto que entró en crisis en la segunda década de este siglo. Tras su largo eclipse parcial durante el franquismo reapareció con fuerza en el momento en que las clases populares pudieron volver a votar en libertad, ampliando incluso su posición mayoritaria entre ellas. Sus zonas de sombra son su ambigua relación con la dictadura de Primo de Rivera y el faccionalismo que lo debilitó durante la guerra civil (repercutiendo en la defensa de la República). Como el socialismo europeo, ha sustituido el proyecto socialdemócrata por el liberalismo social, de raíz keynesiana.

También fuiste codirector de L'Avenç, que en aquella etapa impulsó un debate sobre las características y la renovación de la historiografía catalana tan interesante como agrio. ¿Tan difícil era debatir sobre el tema? Leídas hoy, algunas intervenciones en aquel debate anticipaban ciertos tonos extremadamente politizados del reciente «Procés».

La revista fue fundada y dirigida por un grupo de jóvenes historiadores del PSUC, con apoyo profesional y financiero de militantes y simpatizantes de ese partido. La crisis del PSUC primero y los problemas financieros de la revista, más tarde, produjeron un cambio en su control que pasó en 1985 a personas vinculadas al PSC: Joan Fuster Sobrepere y Daniel Fernández. Yo me incorporé a la revista como consecuencia de ese cambio, primero como asesor de Daniel Fernández y, en 1993-1997, como integrante del triunvirato de dirección, junto al mismo Fernández y a Enric Ucelay-Da Cal. El cambio fue polémico entre los historiadores que habían apoyado la etapa inicial de la revista. En ese contexto aquel debate, y otros que siguieron, tendieron a crisparse más por razones políticas que académicas, por la división ideológica del grupo de contemporaneístas, su pérdida de influencia social y la presión cultural creciente del nacionalismo catalán, contra la que la nueva dirección quiso reaccionar, a veces de manera muy explícita.

El hecho es que la cuestión de cómo las izquierdas del siglo xx afrontaron los problemas nacionales está presente a lo largo de todo tu recorrido profesional. Recuerdo, por citar solo ejemplos recientes, un artículo de 2016 en Spagna contemporanea sobre las organizaciones obreras catalanas ante la cuestión nacional y tu último libro "La Internacional Comunista y la cuestión nacional en Europa" (El Viejo Topo, 2021).

No es para menos. La cuestión nacional dominó la política catalana de todo el siglo xx. Por ello, incidió de manera permanente en las organizaciones del movimiento obrero, que han sido siempre mi principal sujeto de estudio; incidió en el sentido de que estas tenían que dar respuestas propias y diferenciadas del nacionalismo a tamaña cuestión, y también porque, en la discusión de estas respuestas, generó diferencias internas evidentes. En definitiva, el

tema es ineludible. Además, cada vez que en España se ha producido un cambio en sentido democrático, la cuestión territorial ha sido protagonista principal de ese cambio: en el Sexenio, durante la Segunda República y en la etapa que vivimos desde la Transición. Mis estudios han puesto de manifiesto que la tendencia dominante en el movimiento obrero catalán, dentro de una pluralidad de posiciones, ha sido la del federalismo en el sentido más amplio, incluyendo en él las posiciones confederalistas. Rafael Campalans acuñó una frase para mí luminosa: «Hacia la España de todos». Lo que he aprendido de la historia es que la solución democrática a una cuestión que es compleja, y que se hizo más compleja en la segunda mitad del siglo XX con las migraciones internas, es la de la unidad pactada por medio de un sistema federal.

A partir de "Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947" (Edhasa, 2002) vuelves a la historia del comunismo español, como demuestran también tu participación en la "Historia del Partido del Trabajo de España" que publicó El Viejo Topo en 2011 y tu libro "Historia del PCE" (Los Libros de la Catarata, 2021). No sé si esto tiene algo que ver también con un cambio personal de tipo político.

No en el caso de *Rojos contra Franco*, que es la publicación de la investigación que presenté en mi concurso de cátedra, en 1999. Escogí ese tema de investigación porque me consideré moral y profesionalmente obligado a recuperar el estudio de la historia del PSUC; también porque, desde hacía unos años, impartía un curso de máster sobre la resistencia antifranquista. Mi distanciamiento con el PSC empezó más bien en los años del Tripartito, cuando dejé en *stand by* mi militancia en desacuerdo con las excesivas concesiones hechas a Esquerra Republicana de Catalunya. Luego se acumularon más diferencias: sobre todo con el Plan Bolonia y con el decepcionante final del gobierno de Za-

patero. Me di de baja del PSC en 2013. Entretanto, tras la publicación del libro en 2002, me llegaron propuestas relacionadas con este. La más importante —la que sí es decisiva profesional y políticamente— es la que me hizo la *Associació Catalana d'Investigacions Marxistes*, dirigida por Mariano Aragón, para integrarme en el comité de organización del Primer Congreso de Historia del PSUC, celebrado en 2006. Tomé entonces la decisión de centrar ya mi trabajo principal en la historia del PSUC, abordando al fin el período de la guerra civil, acerca del cual no me había sentido competente hasta entonces. Sobre ese período venía trabajando en el ámbito de la violencia de retaguardia, uno de los temas nucleares del inicio de la guerra, gracias al cual conseguí el conocimiento básico y las pistas fundamentales para afrontar el análisis de los años 1936-1939. La historia del PSUC fue la razón de mi incursión en la del PCE y en la de la Internacional Comunista. Eso coincidió con la evolución de mi posición política, en reacción a la guerra de Irak y estimulado por tener hijas jóvenes inmersas en las movilizaciones antibelicistas y sociales de la época. Di por acabada mi esperanza de que el socialismo liberal recuperara, cuando menos, su posición socialdemócrata de antes de 1945.

En los últimos diez años has publicado tus obras más ambiciosas, todas sobre los años treinta. Por lo pronto pienso en "El Frente Popular: victoria y derrota de la democracia en España" (Pasado y Presente, 2016); un ensayo en que reivindicas la experiencia frentepopulista y el valor histórico, político y ético de la Segunda República frente a —y aquí te cito— «las interpretaciones que aun dominan en el ámbito académico y, sobre todo, en la divulgación». Me gustaría que especificaras estas discrepancias.

Mis principales discrepancias son dos. La primera es mi interpretación del proyecto republicano como una experiencia democrática que

parte de la revolución política del 14 de abril para acabar asumiendo un programa de reforma social, confirmado en el acuerdo del Frente Popular. Rechazo, pues, el revisionismo histórico, que por poner un nombre lidera Manuel Álvarez Tardío con sus tesis sobre la evolución sectaria de la República promovida por la izquierda republicana, los socialistas y los comunistas a partir de 1934. También rechazo la del «fracaso» de la República como consecuencia de la radicalización de su programa y de sus partidarios, junto a la responsabilidad de los sublevados en 1936; no se sostiene. La República no fracasó, fue derrotada. Y la exclusiva responsabilidad de la guerra civil es de los sublevados. La segunda gran discrepancia tiene que ver con la visión de la política comunista a partir de 1934-1935 como una maniobra taimada para conseguir el poder. Vamos, la tesis del Frente Popular como caballo de Troya del comunismo impulsada por Burnett Bolloten. Una tesis que, lamentablemente, sigue sosteniendo una mayoría de historiadores —con excepciones, entre las que destaca Ángel Viñas— y que es dominante en los medios de comunicación. La suma de esas dos tesis hostiles a la Segunda República y al Frente Popular conforman la patraña de la descalificación de las elecciones de febrero de 1936, la validez de cuyo resultado es puesta en duda, negando su carácter de victoria democrática ante los enemigos de la democracia.

Por otra parte, hay que mencionar tus dos importantes volúmenes sobre "La historia de Cataluña en la Guerra Civil" (publicados por L'Avenç en 2012-2015 y confluídos, en castellano, en la monografía publicada en 2018 por "Crítica Guerra y revolución en Cataluña, 1936-1939)". Una investigación que revisa muchas supuestas certezas sobre el tema y que se propone desmontar la idea —presente en algunos ambientes culturales catalanes— según la cual todo lo negativo que pasó entonces en Cataluña fue a causa del PSUC, partido considerado como con-

servador cuando no contrarrevolucionario. Tú, en cambio, subrayas su centralidad, su base social popular y su acción dinámica y progresiva.

Como te decía antes, mi primera intención era completar el ciclo de la historia del PSUC hasta 1949, incorporando el período de la guerra civil. Finalmente, y casi sin quererlo, acabé haciendo una historia de la guerra civil en Cataluña. El trabajo se hizo mucho más extenso, pero salvé el escollo que suponía gracias a un amigo historiador que me aconsejó publicarla en dos volúmenes divididos por el desenlace de los hechos de mayo de 1937. Tomados en su conjunto, creo haber argumentado de manera suficiente que el PSUC, único defensor coherente y constante del Frente Popular, no pasó de supuesto caballo de Troya de la revolución a supuesto impulsor de la contrarrevolución. Lo que hizo fue defender el frentepopulismo como única opción de defensa en el campo político y en el social frente a la sublevación y sus respaldos sociales, sin la cual ninguna respuesta militar sería suficiente. El objetivo del Frente Popular había sido dar una alternativa a la lucha del fascismo por el poder; ahora, en la guerra civil, era disputar el poder al fascismo y eso solo era posible sobre la base de la defensa de lo atacado, el poder democrático, y de la consecución de una coalición social tan amplia como fuera posible. Las transformaciones sociales debían corresponder al compromiso de diversas identidades e intereses implícitos en esa coalición social. Si no se ganaba la guerra, nada se habría ganado; si se ganaba, sería posible seguir avanzando hacia el socialismo a través del desarrollo de la revolución popular. Tampoco es cierta la vieja idea de que el PSUC fuera un partido «pequeño-burgués»: demostré con datos que su militancia estaba compuesta mayoritariamente por trabajadores asalariados y campesinos. Por su coherencia y constancia en la guerra ocupó una posición central en la sociedad y la política catalanas; pero no tuvo,

como también se ha sostenido, una posición hegemónica ni hegemónica. Esta correspondió a Esquerra Republicana.

Para acabar, ¿cómo ves el futuro de la enseñanza y de la investigación en historia contemporánea?

Soy de la opinión de que en ambas cuestiones están incidiendo negativamente dos factores: el abandono de la consideración de la función social del conocimiento histórico, que es el principal, y el avance de la politología apli-

cada sobre la historia en el análisis de la sociedad, consecuencia del primero. Sin conciencia de su función social, la enseñanza de la historia ve reducida su presencia en el sistema educativo, y la investigación se pierde en el seguimiento de las modas dominantes y de las jerarquías temáticas establecidas por ellas. Como primer paso para revertir esta tendencia, nuestro gremio debería empujar para que la historia esté más presente en la enseñanza superior y en los planes de estudios de todos los grados de ciencias sociales y humanas.